

el emperador juliano: de la historia a la ficción

Alberto J. Quiroga Puertas




EDITORIAL
SÍNTESIS

EL EMPERADOR JULIANO:
DE LA HISTORIA
A LA FICCIÓN

Temas de Historia Antigua

Coordinador: DAVID HERNÁNDEZ DE LA FUENTE



Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con autorización de los titulares de la propiedad intelectual. La infracción de los

derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y sigs. Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos (www.cedro.org) vela por el respeto de los citados derechos.

EL EMPERADOR JULIANO:
DE LA HISTORIA
A LA FICCIÓN

Alberto J. Quiroga Puertas



EDITORIAL
SÍNTESIS

Consulte nuestra página web: **www.sintesis.com**
En ella encontrará el catálogo completo y comentado

© Alberto J. Quiroga Puertas

© EDITORIAL SÍNTESIS, S. A.
Vallehermoso, 34. 28015 Madrid
Teléfono: 91 593 20 98
www.sintesis.com

ISBN: 978-84-9171-459-0
Depósito Legal: M-20.213-2020

Impreso en España - Printed in Spain

Reservados todos los derechos. Está prohibido, bajo las sanciones penales y el resarcimiento civil previstos en las leyes, reproducir, registrar o transmitir esta publicación, íntegra o parcialmente, por cualquier sistema de recuperación y por cualquier medio, sea mecánico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia o por cualquier otro, sin la autorización previa por escrito de Editorial Síntesis, S. A.

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN	9
--------------------	---

PARTE I

LA VIDA DE FLAVIO CLAUDIO JULIANO

1. INFANCIA Y JUVENTUD DE FLAVIO CLAUDIO JULIANO.	
SOBREVIVIENDO A LA FAMILIA	23
1.1. <i>Introducción</i>	23
1.2. <i>La familia de Juliano</i>	25
1.3. <i>Los asesinatos del 337</i>	28
1.4. <i>La educación de Juliano</i>	30
1.5. <i>Macellum</i>	32
1.6. <i>Una odisea cultural</i>	36
1.7. <i>La apostasía</i>	40
1.8. <i>Preámbulos a la iniciación política de Juliano</i>	43
1.9. <i>La estancia en Atenas</i>	47
1.10. <i>La fisiognomía de Juliano</i>	49
2. EL CÉSAR JULIANO	53
2.1. <i>El aviso de una muerte púrpura</i>	53
2.2. <i>Tras los pasos de Julio César</i>	57
2.3. <i>La usurpación en París</i>	62
3. EL EMPERADOR JULIANO	69
3.1. <i>Una rápida transición</i>	69
3.2. <i>Los juicios de Calcedonia</i>	71
3.3. <i>Las reformas del emperador Juliano</i>	72
3.4. <i>El emperador Juliano en Antioquía</i>	87

4.	LA CAMPAÑA PERSA.....	91
	4.1. <i>Las causas de la campaña persa</i>	91
	4.2. <i>Camino de Ctesifonte</i>	94
	4.3. <i>La muerte de Juliano</i>	96
	4.4. <i>El sucesor de Juliano</i>	99

PARTE II

LA OBRA LITERARIA DE JULIANO

5.	LOS ESCRITOS DEL CÉSAR JULIANO	105
	5.1. <i>Introducción</i>	105
	5.2. <i>Or. 1. Elogio del emperador Constancio</i>	109
	5.3. <i>Or. 2. Elogio de la emperatriz Eusebia</i>	115
	5.4. <i>Or. 3. Sobre las acciones del emperador</i> <i>o Sobre la realeza</i>	123
	5.5. <i>Or. 4. Consolación a sí mismo por la marcha</i> <i>del excelente Salustio</i>	128
	5.6. <i>Or. 5. Al Senado y al pueblo de Atenas</i>	132
6.	EL EMPERADOR CON LOS DEDOS MANCHADOS DE TINTA	137
	6.1. <i>Or. 6. Carta a Temistio</i>	137
	6.2. <i>Or. 7. Contra el cínico Heraclio</i>	141
	6.3. <i>Or. 8. A la madre de los dioses</i>	145
	6.4. <i>Or. 9. Contra los cínicos incultos</i>	149
	6.5. <i>Or. 10. Los césares</i>	152
	6.6. <i>Or. 11. Al rey Helios</i>	156
	6.7. <i>Or. 12. Misopogon</i>	158
	6.8. <i>Contra los galileos</i>	163
	6.9. <i>El corpus epistolar de Juliano</i>	166

PARTE III

EL EMPERADOR PALIMPSESTICO

7.	LA MISTIFICACIÓN DE JULIANO	177
	7.1. <i>Le roi est mort, vive l’Apostat!</i>	179
	7.2. <i>Juliano como homo universalis en el Renacimiento</i>	183

7.3. <i>Juliano, casus belli de la Contrarreforma</i>	185
7.4. <i>El emperador ilustrado</i>	189
8. JULIANO EN SU LABERINTO	193
8.1. <i>La novelización de Juliano</i>	197
8.2. <i>Juliano en el cine y en el cómic</i>	207
8.3. <i>Juliano en el ensayo contemporáneo</i>	209
SELECCIÓN DE TEXTOS	215
1. <i>Juliano, Misopogon (351b-353a)</i>	215
2. <i>Juliano, Al Senado y al pueblo de Atenas (274b-275b)</i>	217
3. <i>Sócrates de Constantinopla, Historia eclesiástica (III.1.43-48)</i>	218
4. <i>Basilio de Cesarea, A los jóvenes. Sobre el provecho de la literatura clásica</i>	219
5. <i>Amiano Marcelino, Historia (XXIII.5.16-24)</i>	221
6. <i>Juliano, Al Senado y al pueblo de Atenas (277d-279b)</i>	223
7. <i>Juliano, Ep. 73 (A los tracios)</i>	224
8. <i>Juliano, Ep. 185 (Al filósofo Jámblico)</i>	225
9. <i>Juliano, Ep. 205 (A Basilio)</i>	226
10. <i>Sócrates de Constantinopla, Historia eclesiástica (III.1.57-59)</i>	229
11. <i>Prudencio, Apoteosis (vv. 461-503)</i>	229
CRONOLOGÍA	231
BIBLIOGRAFÍA	233
<i>Ediciones y traducciones de la obra de Flavio Claudio Juliano</i>	233
<i>Ediciones y traducciones de otras fuentes</i>	233
<i>Bibliografía secundaria</i>	234
<i>El emperador Juliano en la literatura occidental. Ediciones y traducciones</i>	239

2

EL CÉSAR JULIANO

2.1. *El aviso de una muerte púrpura*

“Juliano, después de compartir el carruaje del emperador y ser recibido en el palacio, iba susurrando este verso del poema homérico: ‘Se apoderó de él la muerte purpúrea y el destino supremo’”. En este pasaje amiano de la ceremonia del nombramiento de Juliano como César (xv.8.17), el conocido verso de la *Iliada* (v.83) que Juliano musita actúa en el marco narrativo del proyecto historiográfico de Amiano tanto de premonición de lo que le ocurriría ocho años más tarde a Juliano (la muerte en Persia), como de marcador discursivo que señala el abrupto cambio de vida que este experimentó entre los años 354 y 355.

La estancia de Juliano en Atenas (*vid.* apartado 1.9) duró pocos meses, dado que fue convocado a Milán en otoño del 355. Hay varias hipótesis para explicar los motivos de este movimiento político de Constancio II firmemente apoyado por Eusebia, según Amiano Marcelino (xv.8.2-3). En primer lugar, Constancio II y Eusebia no tenían hijos, por lo que la continuidad del modelo dinástico iniciado por Constantino no estaba asegurada. Según el historiador pagano Zósimo, la sucesión era un tema que

preocupaba a ambos, si bien Eusebia solo veía ventajas en nombrar César a Juliano (III.1.3):

Es joven, de carácter sencillo, ha dedicado toda su vida al ejercicio de las letras y desconoce por completo la política; y para nuestros intereses será mejor que ningún otro; pues o bien se ve favorecido por la suerte, y entonces lo que obtendrá será que el Emperador se anote los éxitos en su cuenta, o bien, derrotado por quien quiera que sea, morirá, y entonces ya no habrá ante Constancio nadie que en virtud de real estirpe pueda ser llamado al poder supremo.

En ese sentido, aunque Juliano no tuviera experiencia alguna como gobernante o militar, era el único miembro de la familia imperial en posición de poder adoptar la púrpura imperial cuando llegara el momento. En segundo lugar, los intentos de usurpación de Magnencio, Vetranio y Silvano hicieron reflexionar a Constancio sobre los peligros que conllevaba el poder y la necesidad de delegar responsabilidades. Finalmente, la delicada situación en las fronteras con el Rin y el Danubio, así como en Persia, dividían la atención de un emperador que no podía atender todos estos frentes. En el caso concreto de la parte occidental del Imperio romano, además de las fricciones habituales por la ocupación de los territorios cercanos a las fronteras establecidas, las tensiones con pueblos como los galos o los alamanes se avivaron por su instrumentalización política en el contexto de los intentos de usurpación ya mencionados. Así, Constancio II había cedido territorios a los alamanes para que estos le ayudaran a sofocar la revuelta de Magnencio. Sin embargo, cuando Magnencio se suicidó al fracasar su intento de usurpación, el emperador revocó la concesión de dichos territorios (MacDowall, 2015: 30).

Para Juliano, el tránsito del ambiente intelectual de Atenas a la atmósfera palaciega de la corte de Milán debió suponer un cambio demasiado brusco. Las fuentes afines exageran su reacción cuando fue convocado por el emperador Constancio. El propio Juliano y, nuevamente, Libanio desplegaron su pericia retórica para articular el tópico de la *recusatio imperii* ('rechazo del poder') del modo más convincente posible. Si Juliano aceptó el nombramiento, según Libanio, no fue por ambiciones políticas, sino que lo hizo movido por su respeto a una decisión que había sido tomada por los dioses (*Or.* 12.38):

Vertió más lágrimas cuando fue llamado al trono, agarrándose a la doble puerta de la Acrópolis, que a quien conducen a la cicuta. Y con todo el placer del mundo habría deseado que de improviso le hubiesen brotado alas y así haberse escapado hacia el país de los Hiperbóreos. Así que, revolviendo durante todo el trayecto estos pensamientos, si por algún medio pudiera rechazar con decisión el codiciado mando, no cejó en su empeño, hasta que un dios, acercándosele, le hizo cambiar de parecer y puso fin a su vacilación ordenándole claramente soportar el peso de su obligación.

Este relato, también presente en la obra de Juliano (texto 2), busca justificar la súbita transformación física y emocional de un joven filósofo en la segunda persona más poderosa del Imperio romano. Juliano confiesa en su encomio a Eusebia cómo se sintió ante aquel cambio (*Or.* 2.121c-d):

Cuando obedecí y cambié mis vestidos, mis acompañantes, mis ocupaciones acostumbradas, incluso mi vivienda y mi forma de vida, pasando de mi modestia y simplicidad anterior a la abundancia del boato y la majestad, mi alma, por la falta de costumbre, se vio turbada, no porque estuviera maravillado por la magnitud de los bienes presentes, pues por mi falta de instrucción apenas los consideraba importantes, sino porque eran como ciertas fuerzas que son muy útiles para los que las utilizan correctamente.

Este sentimiento de turbación que sintió Juliano fue compartido por los miembros de la corte de Constancio. Dada su reputación de apasionado estudiante de filosofía, se consideraba que Juliano era totalmente inexperto en cuestiones políticas e incapaz de gestionar la compleja situación en las Galias, el destino que el emperador le había asignado. Sin embargo, Amiano Marcelino quiso disipar estas dudas que existían sobre las aptitudes del nuevo César. Al final de un largo excursus que el historiador dedica a la ceremonia en la que Constancio nombró César a su primo el 6 de noviembre del 355 (xv.8.1-17), Amiano relata que los soldados aclamaron a Juliano, a quien admiraron como un líder desde el primer momento (xv.8.16):

Simplemente con observar una y otra vez los ojos de Juliano, terribles y atractivos a la vez, y su rostro extremadamente agradable, descubrían

cómo iba a comportarse, tal como si examinaran un libro antiguo, cuya lectura descubre la interioridad de las almas por la apariencia del cuerpo.

Menos optimista es la lectura que de aquel momento hizo el propio Juliano, para quien la ceremonia supuso un trance en el que su vida cambió por completo. Constancio lo arrojó de un séquito en el que apenas había personas de su confianza (*ad Ath.* 277a-c). Entre estos pocos camaradas se encontraba Oribasio, su médico personal que le acompañó hasta el final de la campaña persa y con quien compartió intereses culturales y posturas religiosas (Bouffartigue, 1992: 319).

Como ya sucediera con Galo, el nombramiento de un nuevo César vino acompañado de un matrimonio destinado a consolidar los lazos dinásticos. Helena, hermana de Constancio II, fue durante menos de cinco años la esposa de Juliano. La información que sobre ella transmitieron las fuentes se circunscribe a su papel como futura madre de un miembro de la dinastía constantiniana. A este respecto, Amiano Marcelino (xvi.10.18-19) relata que Helena tuvo dos embarazos y que, en ambos casos, la emperatriz Eusebia tramó para que Helena permaneciera sin descendencia. En el primer embarazo, Eusebia habría sobornado a la nodriza encargada de auxiliar en el parto para que cortara el cordón umbilical de tal modo que el recién nacido muriera. En su segundo embarazo, Helena fue convocada de manera amistosa por Eusebia para que acudiera a Roma, donde abortó como consecuencia de un veneno que le administró la emperatriz.

Es difícil estimar hasta qué punto son ciertas las informaciones transmitidas por una fuente projuliana como Amiano, ya que en su *Historia* la imagen que se obtiene de Eusebia oscila entre el reconocimiento de su ayuda a Juliano en momentos difíciles y las acusaciones de haber confabulado para que Helena y Juliano no tuvieran descendencia (James, 2012: 54-55). Sin embargo, el estudio realizado por Pilar García sobre la configuración literaria de Eusebia en los escritos de Amiano y de Juliano aclara esta ambigüedad, puesto que demuestra que las convenciones de género literario contribuyeron a enmascarar un retrato de la emperatriz menos benevolente de lo que pudiera parecer en una primera lectura (García Ruiz, 2008). Por su parte, Javier Arce ha insinuado una relación más estrecha entre el César y la emperatriz (1995: 19): “Juliano, que mereció la pasión mal disimulada de Eusebia, esposa del divino emperador Constancio y que le significó protección y persecución”.

Respecto al hipotético envenenamiento durante el segundo embarazo de Helena, circuló un rumor según el cual Juliano habría sido quien sobornó a un médico para que envenenara a su propia esposa. Se tiene conocimiento de la existencia de este rumor porque Libanio compuso una invectiva contra quienes se dedicaron a propagar esta información infundada (Lib. Or. 37). Debe entenderse la reacción del sofista, puesto que este rumor comprometía la imagen de Juliano como un gobernante pacífico y justo en la narrativa de Libanio. Este retrato se habría desvanecido si las acusaciones de envenenamiento hubieran tenido más recorrido: no hay que olvidar que Helena era la hermana de Constancio II, por lo que un intento de envenenamiento por parte de Juliano habría complicado extraordinariamente sus relaciones con el emperador y habría acabado por afectar seriamente a la estabilidad del gobierno imperial. Igualmente, la continencia y la castidad que, según Libanio, caracterizaron a Juliano tras la muerte de Helena quedarían emborronadas si no se desmentía el injurioso rumor. Léase, en este sentido, el elogio que el sofista hizo de la capacidad de contención de Juliano tras la muerte de Helena (Or. 18.179):

Lo cierto es que, después de llorar la muerte de su esposa, no tocó a otras mujeres, ni antes ni después, puesto que era capaz de controlarse y, al mismo tiempo, le reclamaba su preocupación por consultar los oráculos.

2.2. *Tras los pasos de Julio César*

Acompañado por Constancio II durante las primeras jornadas al salir de Milán, Juliano partió, junto con Helena, camino de las Galias el 1 de diciembre del 355 con una escolta de unos 360 soldados y con escasa información del estado real de los conflictos a los que debería hacer frente. El relato de las experiencias de Juliano en las Galias desde el 355 al 360 se encuadra en un marco de opiniones polarizadas en relación con el grado de autonomía que le fue concedido por Constancio II. Juliano, por ejemplo, se quejó de que los generales del ejército no respetaban su rango y se dedicaban a controlar sus movimientos. Hasta tal punto lo menospreciaban que sentía que su función era meramente ornamental (*ad Ath.* 278a):

[Constancio II] me ordena reunirme con el ejército para hacer circular su imagen y su retrato, pues el emperador también había dicho y escrito que no daba un emperador a los galos, sino una persona que les llevara su propia imagen.

Para sublimar esta imagen de Juliano como simple portaestandarte que supo elevarse hasta convertirse en emperador, el panegírico que compuso en su honor Claudio Mamertino destaca de modo simplista e hiperbólico que, a pesar de estar sometido al arbitrio de corruptos gobernadores y a la violencia de pueblos bárbaros, Juliano (4.3) “apenas tuvo la más mínima dificultad y peligro frente al enemigo: en una sola batalla fue derrotada la Germania entera, en un solo combate se acabó la guerra”.

Entre los historiadores contemporáneos, García Blanco (1979: 30-31) parece seguir al pie de la letra la narrativa projuliana cuando asegura que, durante los primeros años en las Galias, la capacidad de mando y elección de Juliano estuvo anulada por la autoridad que Constancio II concedió al general Marcelo y al prefecto Florencio. Bringmann, por el contrario, estima que Juliano no estuvo tan constreñido como la narrativa projuliana quiere hacer creer, sino que se le concedió tomar las decisiones que correspondían a un joven inexperto en las lides bélicas (2006: 45-46). Contrariamente al enfoque maniqueísta de las fuentes projulianas que sitúa a los dos primos en posturas antagónicas desde el 355 al 359, Bringmann contextualiza los desencuentros entre Juliano y Constancio en el marco de la relación entre un emperador y su César (Bringmann, 2006: 61): “Constancio nunca le desautorizó y ni siquiera en el año 359 hay nada que insinúe un deterioro en las relaciones entre ambos”. Aurelio Víctor, un historiador contemporáneo al imperio de Constancio II y Juliano, es uno de los pocos testimonios tardo-antiguos que sustentan la opinión de Bringmann al afirmar que, aunque las victorias de Juliano en las Galias, “sucedieron gracias a su valor, también se produjeron por la buena fortuna y los consejos del emperador” (*De Caes.* 42.18).

Durante el invierno de su primera campaña (355-356), Juliano estuvo estacionado en Vienna (actualmente, Vienne en Francia) preparando la recuperación de Colonia Agrippinensis, que había sido tomada por los francos, así como de otras ciudades que habían sido ocupadas cuando Constancio solicitó la ayuda de algunos pueblos para derrotar al usurpador

Magnencio. Esta circunstancia fue aprovechada por galos y alamanes para asentarse en aquellas regiones de modo permanente (Bringmann, 2006: 55; MacDowall, 2015: 30-31). La campaña se desarrolló con éxito, a pesar de que, según Amiano, “los cortesanos intentaban inclinarle a los placeres y el lujo” (xvi.2.2). Juliano pudo recobrar Colonia tras haber recuperado antes otros enclaves y haber puesto en fuga a tropas enemigas. Este logro, sin embargo, dejó el primer enfrentamiento manifiesto entre Juliano y un alto cargo de Constancio, el general Marcelo. Cuando Juliano se retiró a Agendincum (la moderna Sens) para comenzar con los preparativos de la siguiente campaña, la ciudad fue asediada por tropas germanas confiadas “por el hecho de que, a través de unos traidores, sabían que el César no contaba ni con escuderos, ni con gentiles” (Amm.Marc. xvi.4.1). Juliano, por lo tanto, se encontraba en franca desventaja numérica dado que había distribuido su contingente entre las poblaciones cercanas para ofrecer protección frente a incursiones como la que él mismo estaba sufriendo. Marcelo pudo acudir en auxilio del sitio de Agendincum, pues se hallaba cerca, pero (Amm.Marc. xvi.4.3)

se demoraba en enviar ayuda a pesar de que, incluso si el ataque contra la ciudad se hubiera producido sin que estuviera allí el príncipe, hubiera debido ser liberada por una tropa numerosa del peligro que la asediaba.

Cuando las tropas germanas se retiraron sin haber causado daño, Juliano se quejó a Constancio del comportamiento del general, que fue inmediatamente destituido. Airado por lo ocurrido, Marcelo tuvo ocasión de defender su postura ante Constancio en Milán, pero Juliano, intuyendo esta reacción, envió a Euterio, uno de sus pocos hombres de confianza, para que defendiera su postura ante el emperador (Amm.Marc. xvi.7, 8).

La campaña del año 357 estuvo coronada por uno de los mayores éxitos en la carrera de Juliano, la victoria en la batalla de Argentoratum (Estrasburgo), acerca de la cual el propio Juliano escribió un relato que no se ha conservado (Eun. *Hist.* fr. 9; Lib. *Ep.* 35). Esta batalla fue librada en inferioridad numérica ante los 30 000-20 000 alamanes, que doblaban a los 11 000-13 000 soldados del ejército romano (Bringmann, 2006: 56; MacDowall, 2015: 33-36). Los pormenores de la batalla fueron descritos con gran detalle por Amiano (xvi.12), y recientemente han sido recreados

por MacDowall (2015) en un estudio que incluye un listado de las unidades del ejército romano a disposición de Juliano y un detallado análisis de los movimientos tácticos de ambos contendientes.

La victoria no detuvo a Juliano, que persiguió a los alamanes hasta su propio territorio antes de retirarse a los cuarteles de invierno en Lutecia (París). El apresamiento de Chonodomario, uno de los principales caudillos de los alamanes, y su envío a la corte de Constancio simbolizaron el lustre de esta victoria que provocó un nuevo conflicto entre Juliano y un alto cargo del ejército. En este caso se trataba de Barbación, comandante de infantería enviado por Constancio II a cargo de 25 000 soldados para que ayudara a Juliano en la batalla de Estrasburgo mediante una táctica de tenaza que atrapara al enemigo entre dos frentes. En la narración de Amiano, Barbación actuó de forma negligente. Además de sufrir una serie de derrotas inesperadas, no ayudó a Juliano cuando le solicitó que le enviara siete embarcaciones para poder hacer frente a los alamanes que habían ocupado algunas de las numerosas islas del Rin, sino que quemó las naves (Amm.Marc. xvi.11.8). La información que aporta Amiano ha sido considerada como poco precisa debido al tinte hagiográfico tan característico de su obra (MacDowall, 2015: 32). De hecho, algunos de los problemas sobrevenidos a lo largo de la campaña del 357 que Amiano achacó a la malicia de Barbación (en especial, los relacionados con la logística militar y el abastecimiento de víveres para el ejército) pudieron estar motivados por las acciones precipitadas de Juliano, que sería el responsable último de la falta de coordinación para llevar a cabo la maniobra conjunta de tenaza (García Ruiz, 2015b; Omissi, 2018: 206-207).

A pesar de la magnitud de la victoria en Estrasburgo, Juliano no pudo capitalizar ese éxito que pronto se atribuyó Constancio II (Amm.Marc. xvi.12.70):

En la batalla de Estrasburgo, mientras que él estaba a una distancia de cuarenta jornadas de marcha, sin embargo, se describía que había sido él el que había ordenado el inicio del combate y que se había mantenido entre los abanderados, poniendo en fuga a los bárbaros e indicando con falsedad que Chonodomario se había rendido ante él —¡es posible mayor indignidad!—, sin mencionar para nada las gloriosas hazañas de Juliano, que hubieran quedado en el más completo olvido si no fuera porque la fama es incapaz de callar las grandes acciones, por mucho que se esfuercen por encubrirlas.

Bringmann (2006: 58), nuevamente en desacuerdo con Amiano, entiende que el comportamiento de Constancio no fue inusual, dado que la figura del emperador podía arrogarse los méritos de un subordinado.

Los éxitos de las campañas militares de los años 358 y 359, así como el efecto positivo que parecían tener las reformas fiscales de Juliano rebajando los impuestos a las regiones afectadas por la guerra, no lograron frenar las críticas que altos cargos cercanos al emperador descargaban sobre el César. En un nuevo conflicto con un funcionario de Constancio II, Juliano se enfrentó al prefecto Florencio, que consideraba que había que pagar a las tribus germanas que tenían el control de un buen número de zonas de tránsito del Rin para que permitieran el paso de los navíos que aprovisionaban las ciudades y cuarteles romanos. Juliano, por el contrario, creía que una intervención militar para someter a dichas tribus solventaría el problema. Su táctica estuvo a punto de fracasar y provocar un motín entre la soldadesca. Confiado en que mientras se hacía con el control de las zonas de paso del Rin podría abastecer al ejército con la cosecha de las regiones en las que luchaba, no se percató de que los productos locales tardaban más de lo habitual en madurar. La situación se solucionó cuando consiguió vituallas de algunos de los territorios que finalmente conquistó con más esfuerzo del previsto.

Estos acontecimientos contribuyeron a que en la corte de Constancio II Juliano siguiera siendo objeto de escarnio y mofa. Tildado de “topo locuaz, mona cubierta de púrpura, griego pedante, y muchas cosas similares” (Amm. Marc. xvii.11.1), su espartano estilo de vida no se avenía a las costumbres palaciegas. Es de sobra conocido su sentido de la contención, la frugalidad que presidía su vida y su capacidad de esfuerzo y sacrificio que le hacían compartir algunos de los hábitos de vida de sus soldados. Amiano recurre a la *imitatio Alexandri* para enfatizar la excepcionalidad del comportamiento y de la dedicación de Juliano (xvi.5.4-5):

Dedicaba toda la noche a tres ocupaciones: al descanso, a los asuntos del estado y a las musas, ocupaciones a las que, según hemos oído decir, se dedicaba también Alejandro Magno. Pero Juliano lo hacía con más intensidad, porque Alejandro colocaba junto a él un recipiente de bronce y, sacando el brazo del lecho, sostenía encima una bola de plata, de manera que, cuando el sopor relajaba sus músculos, el tintineo de la bola al caer interrumpía su sueño. En cambio, Juliano se despertaba cuando quería sin tener que recurrir a ningún artilugio y,

levantándose siempre a media noche, no de plumas o de cobertores de seda brillantes y con matices variados, sino de un tapiz y de un sayón de los que el pueblo llama vulgarmente “sisurna”, suplicaba en secreto a Mercurio.

Este retrato de un joven hecho a sí mismo que maduró hasta alcanzar una dimensión legendaria debe contextualizarse y matizarse. Como ha puntualizado Bringmann, no debe perderse de vista que el filósofo que estudiaba la *Guerra de las Galias* de Julio César para aprender tácticas militares y dotes de mando acabó por convertirse en (2006: 61) “un jefe militar capaz y carente de escrúpulos” que logró atesorar una larga titulación militar (*Alamannicus maximus, Francicus maximus, Germanicus maximus*) gracias a sus éxitos en el campo de batalla.

2.3. La usurpación en París

En una carta escrita a su médico y amigo Oribasio, Juliano relata un sueño que había tenido (*Ep.* 14):

Yo mismo también he tenido una visión semejante hoy; en efecto, me pareció ver que un elevado árbol, plantado en un triclinio muy grande, se inclinaba hacia el suelo y en su raíz brotaba un joven retoño lleno de flores. Yo estaba angustiado por el retoño, temiendo que fuera arrancado junto con el grande y entonces, al acercarme, veo al grande cortado sobre la tierra y, en cambio, al pequeño derecho y levantado de la tierra. Cuando lo vi dije angustiado: “Este árbol corre peligro de no salvar siquiera su retoño”. Y alguien que me era totalmente desconocido me dijo: “Mira con atención y tranquilízate porque, al permanecer la raíz en tierra, el más pequeño se mantiene intacto y se asentará cada vez más firme”. Este fue el sueño y dios sabe hacia dónde conduce.

No es difícil interpretar este sueño de Juliano en clave política: el pequeño retoño cuyo crecimiento se asentaba sobre tierra firme (esto es, su pertenencia a la dinastía constantiniana) es él mismo, garantizando así su supervivencia a pesar de la amenaza del árbol grande, que representaba la alargada sombra de Constantino y Constancio II. El evidente simbolismo

de este pasaje es solo uno de los recursos literarios de los que se valió Juliano para legitimar el relato de su usurpación en París en febrero del 360. Esta narrativa de legitimación que ocupó gran parte de la obra literaria de Juliano encontró eco en fuentes afines, principalmente en Amiano Marcelino y Claudio Mamertino que repitieron argumentos y lugares comunes destinados a justificar la aceptación del título de Augusto que le otorgó el ejército.

Sin embargo, son pocos los historiadores contemporáneos que den credibilidad a estos testimonios. Al contrario, gran parte de la historiografía moderna está de acuerdo en hacer notar que esta usurpación fue un proceso largamente meditado por Juliano (Arce, 1984a: 21; Bowersock, 1978: 46-50; Humphries, 2012: 80-87; Sanz Serrano, 2009: 100-106). En términos generales, como adecuadamente indica Omissi (2018: 200), las líneas maestras de la versión de Juliano buscaban disipar las sospechas de usurpación mediante un discurso que evidenciara su distanciamiento respecto a lo sucedido retratándose como reo de una serie de circunstancias históricas que conspiraron para convertirlo en emperador.

Uno de los puntos claves en la narrativa projuliana se produjo en el verano del 359, cuando las fuerzas del monarca persa Sapor II tomaron Amida, una ciudad fronteriza de gran relevancia estratégica para las pretensiones del Imperio romano en Persia. Esta maniobra provocó que Constancio II reclamara refuerzos a Juliano una vez que este había pacificado las zonas más importantes del Rin y del Danubio. La petición incluía el traslado de algunas de las tropas con las que Juliano había establecido un vínculo más estrecho (especialmente, con los Petulantes). El César se sintió agraviado dado que entendía que, desprovisto de activos militares, se debilitarían tanto su potencial bélico (en un 50 % según Bringmann, 2006: 71; en un 30 % según Omissi, 2018: 196) como su autoridad. Además, también se relevó a Salustio, uno de los mentores intelectuales de Juliano, por Luciliano, quien vino a aumentar la presencia de funcionarios de Constancio en las Galias con la misión de fiscalizar las decisiones de Juliano.

Juliano se sintió tan impotente como agraviado por unas medidas que parecían castigar sus éxitos militares, pero que le permitían ganar tiempo para llevar a cabo sus planificados actos de desobediencia a Constancio. De igual modo, se dieron algunos condicionantes que le beneficiaron. Por un lado, parte de las tropas requeridas estaba en Britania, de modo que Juliano, aunque hubiera querido acatar la orden imperial, tenía que demorarse en

enviar todas las fuerzas solicitadas por el emperador. Por otro lado, la convocatoria del conjunto de las tropas en un mismo lugar, París, para marchar hacia la frontera persa facilitó que la estrategia para galvanizar los acontecimientos que estaba planeando se propagara con mayor rapidez entre los soldados. Así, se divulgaron unos panfletos en los que se acusaba a Constancio II de expulsar y separar de sus familias a los que habían contribuido a pacificar las Galias. Este escrito enardeció los sentimientos de las tropas que no querían abandonar su tierra ni dejar a tan magnánimo César, por lo que rodearon el palacio imperial y nombraron a Juliano emperador.

El relato exculpatorio de Amiano se esfuerza por detallar los gestos conciliatorios de Juliano, convertido en la obra amiana en mediador entre sus tropas y Constancio II (Amm.Marc. xx.4.11-13). Como es habitual en él, el historiador exonera al César de cualquier responsabilidad en el devenir de los acontecimientos, al tiempo que lo retrata como un cándido y obediente colaborador del emperador (xx.4.4):

Juliano no replicó. Y hubiera accedido a esto, sometiéndose en todo a la voluntad del más poderoso, de no haber existido algo que no pudo ni obviar ni omitir: que tuvieran algún tipo de molestias aquellos que, habiendo abandonado su hogar al otro lado del Rin, habían acudido a él con la condición de que nunca tendrían que cruzar los Alpes. Y es que Juliano afirmaba que sería temible si los soldados bárbaros voluntarios, que acostumbraban a colaborar con nosotros bajo tratados de este tipo, se enteraban de ese hecho y volvían con los suyos. Pero sus palabras fueron en vano.

Tan en vano fueron las palabras de Juliano que, abrumado por unas circunstancias que podían devenir en una revuelta incontenible, acabó (Amm. Marc. xx.4.17)

colocado sobre el escudo de un soldado de a pie, y elevado, sin que nadie pudiera mantenerse en silencio, fue nombrado Augusto y se vio forzado a ponerse la diadema. Pero, cuando afirmó que nunca había tenido una, pidieron a su mujer una joya que pudiera ponerse en el cuello o en la cabeza.

La improvisada ceremonia, precedida de los vanos intentos de Juliano por rechazar el honor que se le tributaba (Amm.Marc. xx.4.14-17; Iul. *ad*

Ath. 284b-d), concluyó cuando Juliano consiguió sustituir la joya por el collar que le dio uno de los soldados.

La puesta en escena de la usurpación de Juliano tuvo un segundo acto. Inmediatamente después de su nombramiento, se generó un rumor (concepto que opera como oportuno chivo expiatorio de las órdenes de Juliano en las fuentes afines a él) entre los soldados según el cual los miembros de la corte fieles a Constancio II se habían rebelado contra la elección de Juliano y planeaban acabar con su vida. En su versión de los hechos, Juliano se excusa argumentando que intentó aplacar la ira de los soldados que intentaron asesinar a los funcionarios de Constancio (*ad Ath.* 285c-d): “Buscaron a todos los amigos de Constancio para castigarlos. ¡Todos los dioses saben qué lucha sostuve por querer salvarlos!”. Investido ya con la púrpura imperial, Juliano envió una embajada a Constancio II para justificar y aclarar lo sucedido. Sócrates Escolástico (*HE* III.1.37) niega que existiera tal embajada, pero Amiano no solo la documenta, sino que reproduce la misiva que Juliano habría enviado a su primo en la que se incluye la dramatización del nombramiento a manos de los soldados (*Amm.Marc.* xx.10):

Estaban tan encendidos y llegaron hasta tal punto que, cuando yo intentaba vencer su obstinación con súplicas, saltaron ante mí y me amenazaron con la muerte. Ante esto, vencido finalmente, como era consciente de que, si yo sucumbía, otro sería declarado príncipe tal vez de buen grado, consentí, creyendo que así podría tranquilizar la violencia de los soldados.

El resto de la carta alterna unas líneas sumisas en las que se disculpa por los acontecimientos y promete obediencia con otros pasajes en los que sugiere a Constancio que adopte una serie de medidas siguiendo el ejemplo de anteriores “príncipes que cedían uno ante el otro” (*Amm.Marc.* xx.8.17). Esta carta fue acompañada de otra de un carácter más personal en la que, según supone Amiano, Juliano ajustó cuentas con su primo en relación con varios asuntos de índole privada (*Amm.Marc.* xx.8.18). La respuesta de Constancio fue firme: no solo no reconocía a Juliano como emperador, sino que “le aconsejaba que, si le preocupaba su propia vida y la de sus allegados, depusiera su altivo orgullo y se contentara con la dignidad de César” (*Amm. Marc.* xx.9.4). La reacción de Constancio incluyó el nombramiento de va-